



Creación y comunicación en la infancia

Por Sandra Jesica Ángeles Muñoz



Fotos: Luis Ángel Velázquez Vega

El arte abre canales profundos de creación y comunicación en la etapa de la niñez. Existen muchos estudios que hablan de la importancia de esto; la música genera transmisiones en el cerebro que ayudan a la concentración; la danza ayuda al desarrollo físico del cuerpo; las artes plásticas mejoran la psicomotricidad fina, y el teatro crea confianza, sólo por mencionar algunas bondades. No obstante, la educación artística está como relleno en la tira curricular al no considerarse tan importante como las matemáticas, el español o las ciencias.

En ese contexto, parece obvio que el apoyo al arte sea lo primero que se va con el recorte al presupuesto o que la clase de artes sólo sea con intención de cobrar un dinero extra. Y entonces, ¿por qué apostar por el arte? ¿Qué cambiaría si incluimos esta área en la vida de los niños?

En los últimos años hemos podido observar cambios en las relaciones humanas. En nuestra percepción, la sociedad está cada vez más alejada de su entorno, incluso las personas están desconectadas de sus emociones, de lo que le sucede al otro y sobre todo de permitirse sentir. Vivir es compartir con el mundo, pero no todos se dan la oportunidad de hacerlo desde la creación artística.

Un videojuego o un teléfono, en muchas ocasiones, es la mejor niñera, además



de ser un excelente remedio para berrinches y para el aburrimiento, aunque este último no se entiende como un tiempo sin estructura en el que los niños pueden observar, imaginar, inventar; por el contrario, se teme y se supone innecesario.

Debemos comenzar por comprender que el arte no es un pasatiempo; si bien cada disciplina desarrolla ciertas habilidades que enriquecen la capacidad creativa del niño, el fin no es precisamente terminar una obra sino el proceso creador, es decir, la observación, la toma de decisiones, la ejecución de movimientos. Lo que no se puede tocar o calificar es lo que trasciende en lo más profundo del ser. Lo que transforma a la persona es el proceso de crear.

Los materiales más simples resultan ser los mejores elementos de trabajo. Hace tiempo, trabajando con niños violentados, tuve el caso de un menor de cuatro años, solitario, la mayoría del tiempo con el ceño fruncido y cara agachada, y entonces traje la artillería pesada: tierra (barro) y agua; el contacto con la masa generó una emoción positiva que se reflejó en su rostro, permitiéndole un momento de liberación y de diálogo interno; la figura que hizo fue lo de menos, el encuentro del material con sus manos le había dado la posibilidad de sentir y de expresarse con otro lenguaje. Esto ayuda a desarrollar la inteligencia emocional.

Cuando se expresa sanamente lo que sucede al interior del ser humano no es necesario usar gritos, golpes, ofensas y otras formas de violencia; por tanto,

en cualquiera de sus disciplinas, el arte sensibiliza y permite ponerte en contacto con los demás, y esto promueve la empatía, tan escasa en nuestro día a día.

Si realmente creemos que las generaciones más nuevas pueden crear un cambio en el mundo, debemos enseñarles lo que es crear. No se trata de la simpleza de reproducir, sino de diseñar ambientes que les permitan crear, crear en toda la extensión de las posibilidades infinitas. El arte permite el desarrollo de procesos cognitivos más elevados que, además, beneficiarán otras áreas del conocimiento; lamentablemente, la escuela no enseña eso. Sin arte se puede aprender a reproducir esquemas, pero sin propuesta ni iniciativa.

La mejor enseñanza de los grandes artistas fue su inquietud, su inconformidad y su poder de creación; aquellas obras que, sin importar el paso del tiempo, siguen generando preguntas porque son semillas que despiertan la mente.

Nuestros niños necesitan vivir el arte, pero ese arte que expresa, que trasciende, que cura, ese que cambia a quienes lo crean y que hace eco al tocar a otras personas, ese arte por el que se debe apostar siempre. 



Sandra Jesica Ángeles Muñoz es licenciada en Artes Plásticas por la UAEM, con especialidad en pintura; cursó el Diplomado para guía Montessori en Casa de los Niños. Ha trabajado en albergues para mujeres y sus hijos en situación de violencia del Consejo Estatal de la Mujer y Bienestar Social, así como en programas de la Secretaría de Desarrollo Social mexiquense, dirigidos a hijos de reclusas y a niños en situación de pobreza. Desde el 2013 ha impartido talleres de artes plásticas en diferentes primarias. De 2015 a la fecha se integra al Centro de Actividades Culturales de la UAEM como profesora de los talleres de Pintura al óleo infantil y Descubriendo el arte.

